



# ÁLVARO MUTIS O LA DESESPERANZA OPTIMISTA\*

*François Maspero*

Una tranquila casa en el barrio de San Jerónimo, al sur de D.F., más allá del parque de Chapultepec y apartada de las inmensas avenidas de la ciudad más contaminada del mundo. En el gran patio ajardinado el viento agita las hojas del banano. Cruzarás la cocina donde Carmen, la esposa de Álvaro Mutis, está guisando en el gran horno platos de aromas suaves y picantes. Álvaro Mutis te tenderá un vaso de whisky o de tequila antes de llevarte al estudio donde trabaja. Entrarás evitando los gatos silenciosos, centinelas de estos lugares.

Sobre el escritorio, el aparato mágico: una prosaica Smith Corona de donde salieron Maqroll el Gaviero, Abdul Bashur, Flor Estévez y esos miles de personajes, ilustres conquistadores u oscuras prostitutas, que llevan cincuenta años habitando sus poemas y novelas. Cerca de la máquina de escribir, una estatuilla representa al capitán Cuttle, personaje de Dickens por el que su dueño tiene especial cariño. Del techo cuelga un pequeño recipiente árabe-andaluz de un verde translúcido debido a la pátina de los siglos. Una mesa grande repleta de libros: enciclopedia sobre Tramp-Steamers, antología de Ana Ajmátova, diarios de Julien Green, *Mémoires intérieurs* de François Mauriac, todo Céline, una biografía de

---

\* Traducción de Michèle Lefort. "Álvaro Mutis ou le désespoir optimiste" fue publicado en *Transversales* n° 1, Ed. Folle Avoine, Bédée, 1999, pp. 81-85.

## Como citar

Maspero, F. (2020). Álvaro Mutis o la desesperanza optimista. En: Orejarena Torres, J. (ed. académico). *Maqroll y el imperio de la literatura: ensayos sobre la vida y obra de Álvaro Mutis. Volumen I.* (pp. 195-200). Colombia; México: Editorial Universidad Santiago de Cali; Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. DOI: <https://doi.org/10.35985/9789585522282.19>

François Joseph... Detrás de la mesa, una pared enteramente cubierta de biografías de monarcas, de memorias de ilustres personajes, y en la que destaca una completísima colección de temas bizantinos. En otra pared, los viejos amigos poetas: Antonio Machado, que desborda su estante, Apollinaire en edición original, Valery Larbaud, *Residencia en la tierra* de Neruda, la obra del surrealista argentino Enrique Molina. Sin que haga falta curiosear mucho, uno dará sin duda con los libros fetiches del escritor, que son también los que Maqroll, su héroe favorito, su doble, conserva celosamente en su petate de marinero: las *Memorias de ultratumba*, las *Memorias del Cardenal de Retz*, las del Príncipe de Ligne, sin olvidar las obras completas de Balzac y de Simenon, ni las *Fioretti* de Francisco de Asís, ni Juan de la Cruz y los grandes del Siglo de Oro.

Luego irás descubriendo las fotos de familia. Esa familia, más fiel que aquella a la que uno está vinculado por naturaleza, y que un hombre va constituyéndose con el paso de los años: retratos del último zar y de la zarina, de Felipe II y de su hija Catalina Micaela, Proust en su lecho de muerte, Borges ciego en las ruinas de Teotihuacán, Joyce sentado en la hierba, con un parche en el ojo, Conrad, Baudelaire, Valery Larbaud, Céline. Y el amigo de siempre, Gabo, Gabriel García Márquez, en una foto que se remonta a los tiempos en que era reportero para *El Espectador*.

También unas fotos del mismo autor, a la manera de los grandes viajeros: montado en un camello en El Cairo, en una calle de Estambul, con unos amigos en Bogotá o en París. Del salón vecino nos llegan las notas de una *cumbia* de un lejano pueblo colombiano saliendo de un disco de vinilo.

Charlaremos así hasta muy entrada la noche de travesías en cargueros oxidados, de puertos al otro extremo del mundo, de la calidad comparada de los whiskys claros y de los ambarinos, de la superioridad del *waterzoï* de Gante sobre el de Amberes, de la profunda filosofía de los gatos que velan el Bósforo desde Bizancio, del esplendor inmutable de Santiago de Compostela, de la grandeza de los imperios desaparecidos –

ya sea el de Teodora o el de Carlos V. Te hablará de “la enorme estupidez del progreso” que valió a la humanidad Auschwitz e Hiroshima. Te citará la réplica de Bonaparte quien, al tomar posesión de los salones del Luxemburgo el primer día del consulado, le contestó a Lannes que le decía “¡Qué triste es esto...!”: “Sí, como el poder”.

Y he aquí que, en medio de una historia contada con el ingenio de un novelista picaresco español, este hombre, cuyos propósitos parecían significar que está de vuelta de todo, prorrumpirá en una sonora carcajada infantil y soltará su habitual exclamación: “¡Ay, qué maravilla!”.

Mejor confesarlo: nunca he estado en la casa de Álvaro Mutis<sup>1</sup>... Pero me han hablado tanto de ella y he leído tantas cosas sobre ella que se ha vuelto para mí uno de esos lugares familiares que acaban visitando la memoria con más insistencia que si la hubiéramos conocido de verdad. Es para mí como otros lugares, reales o imaginarios, que pueblan sus relatos: la mansión de Araucaíma en el corazón de la tierra caliente de la cordillera colombiana donde se enlazan el paraíso perdido de la niñez y la búsqueda interminable de la edad madura de Maqroll; o el cuarto de la calle Shidah Kardessi, en Estambul, situado justo “encima de la tienda del oculista”, desde donde se oye “el golpe de las olas contra las piedras de la fortaleza”, este mismo cuarto, como escribe en *Los elementos del desastre*, donde lo están esperando y adonde nunca iré; los astilleros en ruinas del puerto de Pollensa, en Mallorca, donde, al cabo de tantas aventuras, vino a parar Maqroll albergando allí su lúcido desengaño.... Es un hombre robusto fornido, de espesa cabellera blanca echada hacia atrás, con voz fuerte, dispuesto a afrontar los elementos –con tal de no olvidar su gorra de marinero bretón–. Tiene algo de su antepasado –y se complace en sacarlo del olvido– el sabio José Celestino Mutis quien llevó a cabo una legendaria expedición botánica en el virreinato de la Nueva

---

<sup>1</sup> Esta descripción está inspirada principalmente en el libro *Souvenirs et autres fantasmés, Entretiens avec Álvaro Mutis*, publicado en 1999 por la editorial Folle Avoine, traducción del libro de Eduardo García Aguilar: *Celebraciones y otros fantasmas*. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993.

Granada. Mucha soberbia, una pizca de canalla, algo medio hidalgo y medio trotamundos. Un apetito goloso por la vida que estalla en cada gesto, en cada palabra. Y esa cualidad magnífica de dar a cada uno de sus amigos la impresión de que es su mejor amigo. Le gusta el contacto físico con sus lectores –sus fans que constituyen un auténtico “club Mutis”–, que suelen, todos y siempre, hacerle la misma pregunta: “Maqroll el Gaviero, ¿es usted?”. Maqroll el Gaviero es el doble de Álvaro Mutis de la misma manera que la sombra puede ser el doble de la luz.

El escritor trabajó en extraños oficios para quien es poeta: representante de compañías petroleras, luego de grandes firmas de Hollywood, y entre otros muchos empleos, prestó su voz para el doblaje de *Los Intocables*. En cuanto a Maqroll, aparece ya en los primerísimos poemas, sin ser nombrado en un principio, como narrador de improbables aventuras, por ejemplo ese “Viaje” con fecha de 1948 donde se le ve conducir un tren de vagones de color amarillo canario que suele salir una vez al año y lleva durante varios meses a sus viajeros desde las altas mesetas heladas a la tierra caliente, atravesando los cafetales y los bosques de eucaliptos. “Improbable”... palabra que vuelve con frecuencia bajo la pluma de Álvaro Mutis. Así quedan designados el curso entero de su vida y su irresistible desorden. El orden existe sólo en los dos extremos: en el recuerdo de la niñez perdida y en la aceptación de la muerte que lo hace todo “irremediablemente” (otra palabra recurrente) ilusorio. Maqroll va navegando de una a otra, perdiéndose en el mar, en las marismas, en los esteros, en los tugurios de los puertos, en el fondo de las minas que lo envuelven como un útero, y sacando de allí algunas razones para sobrevivir en espera del último encuentro: “Cada poema un pájaro que huye / del sitio señalado por la plaga.../ Cada poema un paso hacia la muerte.../ Cada poema un estruendo de lienzos que derrumban / sobre el rugir helado de las aguas.../ Cada poema esparce sobre el mundo / el agrio cereal de la agonía”.

Los niños suelen inventarse unos compañeros imaginarios para conversar y jugar con ellos: Borges contó que los suyos

se llamaban Quilos y Molino. Normalmente esos personajes desaparecen con “la edad del juicio”. Afortunadamente para sus lectores, Álvaro Mutis nunca alcanzó la edad del juicio. Aunque, por cierto, el compañero de sus sueños es eminentemente razonable, por su filosofía de la existencia, una humilde sumisión a los fallos de un destino siempre imprevisible, de la que extrae un soberano orgullo. De un poema a otro, durante cuarenta años, luego, a partir de los años 80, de una novela a otra (cada novela parte de unas imágenes de los poemas con el fin de enlazarlas con el hilo de un relato), Maqroll se ha hecho tan real que, según su autor, acabó escapándosele: por eso quizás, recientemente, para hacerle entrar en vereda, hizo que apareciera en primer plano el personaje de Abdul Bashur, “el soñador de navíos” –alter ego de Maqroll como Maqroll lo es de Álvaro Mutis–, el cual se entretiene tramando “malas jugadas” y extraños tráficos –sean de tapices o armas– con una típica astucia oriental que suele irse a pique debido a su corazón hartamente generoso.

Y para despistarnos definitivamente, he aquí que Álvaro Mutis se dejó crecer un bigote que le da un aire ligeramente levantino hasta tal punto que algunos de sus amigos se apresuraron en llamarlo Abdul.

A veces le digo a Álvaro Mutis que a fuerza de desesperar del mundo y de soñar con una belleza, con un orden maravilloso e ideal, da prueba por eso mismo, en medio del pesimismo más negro, de una forma singular de optimismo, ya que a pesar de todo se empeña en creer, en un tiempo y un espacio desconocidos de los hombres pero esperados por todos, en la existencia de esa belleza y de ese orden. Como Maqroll “nutrido de la savia de su desgracia”, como todos los grandes vencidos a los que celebra, Álvaro Mutis ha aprendido a no desperdiciar nada de los más diminutos goces del diario vivir.

En su relato de la muerte de Pouchkine, evoca la última visión del poeta en su lecho de agonía: la piel tersa y limpia de la amada que le recuerda la fuente de su niñez y su tierra

natal, “su tierra de milagros y de hazañas y de bosques interminables e iglesias de cúpulas doradas”. Pouchkine, Alar el Ilirio de *La muerte del estratega*, Bolívar de *El último rostro*, Maximiliano, todos aquellos irremediables vencidos, magníficos en esta su derelicción, conocen, como Maqroll el Gaviero, esos instantes de «lucidez vertiginosa». Entonces, ¿habrá que imaginar a Maqroll feliz? Con su risa atronadora, Álvaro Mutis barre la cuestión.